



LA FALANGE Y LA CNT EN LA II REPÚBLICA

CEFERINO MAESTÚ BARRIO

En el ejercicio de mi libertad personal y sin compromiso alguno de otro género, acepté la propuesta del Frente de Estudiantes Sindicalistas de hablar en esta tribuna de un tema al que he dedicado algunas horas. Y lo hago con voluntad de aproximación y acierto, como una modesta aportación al debate que algunos han sostenido o vienen sosteniendo, con mayor o menor fundamento, desde hace años: las supuestas o posibles relaciones personales, orgánicas e ideológicas entre la Falange Española de las JONS y la Confederación Nacional del Trabajo, entre sus pensadores y sus militantes en general.

La Falange aparece, en 1933, tras diversos intentos de sus fundadores, como una manifestación más del movimiento populista que, en Europa, estaba ganando la adhesión de importantes porcentajes de población, desde posiciones de origen socialista en Italia, Francia, Inglaterra, Alemania o de carácter cristiano como en Austria y Bélgica. Mussolini había sido un destacado militante del partido Socialista Italiano; Mosley lo fue del laborismo británico; Doriot había ostentado la Secretaría del Partido Comunista francés; Hitler surgía de un partido de denominación obrera y triunfaría con el Partido Obrero Nacional-Socialista Alemán.

Falange Española de las JONS fue la confluencia del falangismo de José Antonio Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda, y del jonsismo de Ramiro Ledesma Ramos.

José Antonio Primo de Rivera era el hijo del General Primo de Rivera, cuya dictadura se sostuvo, en la última etapa de la Monarquía del Alfonso XIII, con el apoyo no sólo del Ejército sino también con el del Partido Socialista Obrero Español mientras que la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) era perseguida y actuaba en la clandestinidad.

José Antonio había sido dirigente de la Asociación profesional de Estudiantes de Derecho en la Universidad Central de Madrid, defendiendo el apoliticismo partidista de ésta y otras organizaciones estudiantiles, roto, posteriormente, por la aparición de las asociaciones de estudiantes católicos y la radicalización izquierdista de la FUE (Federación Universitaria Española).

Al término de la Dictadura ya ejercía la profesión libre de abogado, sin haber intervenido en proporción alguna en la gestión política de su padre. Gustaba de leer y estudiar, de pensar y de escribir. Todo el pensamiento político de su tiempo fue objeto de su atención, incluida la filosofía del Derecho que requería de una especial y particular atención

por exigencias de su vocación.

Al morir su padre en el exilio de París, a poco de la destitución concordada por el Rey, fue comprometido por los monárquicos partidarios del General para tratar de capitalizar la herencia positiva de su gestión política, aunque José Antonio puso siempre el acento en que su interés era el de afrontar las posibles y seguras exigencias de responsabilidades que los controladores del futuro pudieran plantear. Así, se presentó, a las elecciones constituyentes de la República, en 1931, como candidato independiente por Madrid, lo que obligó a todas las fuerzas republicanas a la suma de esfuerzos alrededor del patriarca de la Institución Libre de Enseñanza, ante el peligro o el temor de que resultara ganador el hijo del Dictador. Sacó, no obstante, cerca de 30.000 votos, que no eran pocos en una capital menos populosa que hoy.

Ramiro Ledesma Ramos, campesino de la comarca del Sayago, hijo de un maestro, se vino a Madrid cuando tenía 15 años para hacer unas oposiciones al Cuerpo Técnico de Correos, que ganó, lo que representaría un *modus vivendi* alternable con sus estudios universitarios y sus preocupaciones políticas. Yo he hablado con quienes fueron compañeros suyos de trabajo y le recuerdan como un joven serio, trabajador, fiel cumplidor de sus obligaciones laborales, siempre con un libro al alcance de la mano para dedicarle aunque sólo fuera un momento.

Ramiro Ledesma estudió matemáticas y filosofía, conoció a Ortega y escribió en la *Revista de Occidente*. Aprendió alemán y tradujo a Heidegger. Entre sus amigos y compañeros de aventura política tuvo a profesores universitarios como Emiliano Aguado, Manuel Souto Vilas, Montero Díaz, Giménez Caballero, Cordero Torres...

Conocedor del movimiento fascista europeo, a través sobre todo de su versión alemana, pretendió, desde antes de la proclamación de la República, a través de una revista denominada *La Conquista del Estado*, sentar las bases ideológicas de una versión española que pudiera defender el sentido nacional histórico de España al tiempo de afrontar la problemática social generada por el capitalismo de posguerra y la acción seudorevolucionaria de los comunistas.

Como superación de esta primera revista de pensamiento político, surgió la necesidad de aprovechar su influencia para promover un partido al que llamaría Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS).

Posteriormente, José Antonio Primo de Rivera y el aviador Julio Ruiz de Alda, famoso por la travesía del Atlántico sur en avión, fundarían Falange Española que, superando recelos y ante la inminencia de la revolución socialista de octubre de 1934, decidieron, ese año, la unificación con los grupos de Ledesma para crear Falange Española de las JONS.

La CNT desde mucho antes, tras de un proceso de maduración de la manifestación obrerista del anarquismo, del que fueron jalones trascendentes la constitución de la Federación Regional Española en 1870 y la de la Federación de Trabajadores de la Región Española en 1881, se llegaría, en septiembre de 1911, al Congreso constitutivo de la Sindical que ha llegado hasta nuestros días.

La CNT, como todo el movimiento obrero europeo de principios de siglo, se sintió subyugada, desde el primer momento, por la leyenda de la Revolución Soviética y pensó que había llegado el momento de desencadenar en España un proceso revolucionario paralelo, acompañada de la Unión General de Trabajadores (UGT). Las huelgas generales revolucionarias y los intentos de aprovechar la crisis política de la Monarquía, así como la tragedia de la guerra de Marruecos, no dieron resultado, pero dejaron en aquellos hombres una crispación radicalizada contra el sistema caduco que se negaba a cambiar.

Cuando los comunistas rusos proponen la creación de la III Internacional obrera, que recogiera la bandera del internacionalismo perdida por la II, que fracasó en su compromiso de impedir la I Guerra Mundial, mediante la huelga general de los trabajadores franceses y alemanes, la CNT, ai igual que el Partido Socialista y la UGT, deciden el envío de observadores. Por la Confederación, entre otros, fue a Moscú Ángel Pestaña, mientras que por el Partido Socialista lo hizo el catedrático de la Universidad de Granada, Fernando de los Ríos. Un relojero leonés afincado en Barcelona y un profesor universitario.

Ambos, a su regreso, presentaron informes reveladores del carácter antidemocrático, represor de libertades individuales y colectivas, dictatorial, del sistema político leninista, que causaron serio impacto en ambas organizaciones. Los cenetistas se afirmaron en sus planteamientos libertarios, rechazando el autoritarismo, lo que provocó la salida de las filas confederales de hombres como Nin y Maurín, que sería los líderes del trostkista POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) tras una experiencia directa y frustrante de fidelidad a Moscú. Los socialistas, también acordaron desistir de los encantos soviéticos para ratificar su adhesión a la II Internacional, lo que provocaría, asimismo, la escisión

de las Juventudes Socialistas, que pasarían a constituir el Partido Comunista de España.

Cuando se produce, en 1923, el golpe de estado del General Primo de Rivera, ya está Benito Mussolini en el poder y empieza a parecer un punto de referencia para muchos. El Rey Alfonso XIII hace una visita oficial a Italia y presenta al General como “el Mussolini español”, aunque resultaba difícil creerlo, ya que Primo de Rivera sólo intentaba hacer una política de “buen gobierno”, sin cambiar nada de verdad, a pesar de los intentos de renovación estructural en los que el PSOE y la UGT tuvieron protagonismo singular hasta el último momento de Régimen.

La CNT, perseguida por los gobiernos desde principios de siglo, sólo logró la liberación de sus miles de militantes encarcelados en las vísperas de la proclamación de la República, en 1931. Después de muchos años, fue entonces cuando la Confederación Nacional del Trabajo pudo celebrar un Congreso, en Madrid, en el actual Teatro de la Comedia, en el que se definiría la confrontación directa con la República y la exigencia de una profunda reforma agraria.

Ramiro Ledesma Ramos siguió de cerca el desarrollo de ese Congreso y se sintió subyugado por la fuerza ideológica, la pasión y la capacidad dialéctica de aquellos hombres que empezaban rechazando la Revolución republicano-socialista del 14 de abril y que sin remilgos prodaban su voluntad de luchar por la auténtica revolución social. Los ejemplares de *La Conquista del Estado* se vendieron en el Congreso cenetista y Ramiro Ledesma hizo un esfuerzo económico que le dejó en situación difícil para continuar.

Hubo relaciones personales y, de aquella experiencia, salió la convicción de Ramiro Ledesma de que la CNT podría ser el instrumento subversivo al que ellos podrían prestar el apoyo ideológico que estuviera a su alcance.

Los movimientos fascistas habían buscado sostenes multitudinarios a partir de la crisis de posguerra en los partidos obreros. Y Ramiro Ledesma vio que, en el Congreso de la CNT de 1931, se habían definido dos posturas violentamente enfrentadas: la de los anarquistas y la de los sindicalistas, representadas por Durruti y por Ángel Pestaña, que, poco más tarde, desencadenarían la ruptura de los “treintistas” y la aparición de dos agrupaciones sindicales que no volverían a reunirse hasta el Congreso de Zaragoza de 1936, en las fronteras de la Guerra Civil.

Por entonces fue cuando Nicasio Álvarez de Sotomayor encabezó un proceso de trasvase a las JONS de otros sindicalistas, mientras que a la Falange accedía Camilo Olcina Álvarez, amigo personal de Julio Ruiz de Alda. Sotomayor había sido Secretario del Comité local de la CNT de Madrid. Antiguo estudiante de medicina, se había radicalizado en la acción revolucionaria y fue uno de los principales dirigentes de la huelga nacional de la Compañía Telefónica, la primera acción de alcance subversivo que los anarcosindicalistas desataron contra la transición pacífica de la República. Camilo Olcina, telegrafista de la Marina Mercante, había sido secretario del sindicato CNT de ese sector y delegado en la Federación Internacional.

Con la unificación de Falange y las JONS, ellos fueron los principales impulsores de su sindicalismo obrero. Nicasio Álvarez de Sotomayor sería el primer Jefe Nacional de la Central Obrera Nacional Sindicalista, que llegó a tener en Madrid y Valladolid sus núcleos más desarrollados, con varios miles de afiliados.

Ramiro Ledesma quiso definir a su movimiento político fascista como “nacional-socialista”, pero Souto Vilas, quien moriría siendo catedrático de un Instituto de segunda enseñanza en Bilbao, le hizo rectificar alegando que el mimetismo podría ser perjudicial para el éxito del partido, por lo que acordaron tomar el de “nacional-sindicalista”, en función de los contactos establecidos con los hombres de la CNT y el apoyo moral que querían dar a esta Confederación.

Ledesma Ramos, en su libro *¿Fascismo en España?*, dijo que su grupo “era anticomunista, sin bien escrutando, con toda fijeza, las líneas que postulaban una salida social subversiva -por ejemplo la CNT- en busca apasionada de coincidencias que le permitiesen enlazar con alguien sus esfuerzos”.

Y añadiría: “En el verano de 1931, la única fuerza disconforme con el Gobierno provisional (de la República), que podría representar para esta un verdadero peligro, era la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT (...) Las fuerzas sindicalistas revolucionarias se disponen a encarnar ese coraje hispánico... Hay, pues, que ayudarlas. En esta batida fecunda contra los pacatos elementos demoliberales de la burguesía, les corresponde el puesto de honor y la responsabilidad de dirigir el blanco de las batallas. Todos los grupos auténticamente revolucionarios del país deben abrir paso a la acción sindicalista, que es, en estos momentos, la que posee el máximo de autoridad, de fuerza y de prestigio. A ella le corresponde pues, los trabajos que se encaminen a la dirección de un movimiento de honda envergadura social. No a las filas comunistas, que venden a Moscú su virginidad invaliosa. El sindicalismo revolucionario está informado por un afán fortísimo de respetar las características hispanas, y debe destacarse como merece, este hecho frente a las traiciones de aquellos grupos proletarios que no tienen otro bagaje ideológico y táctico que el que se les da

en préstamo por el extranjero... Nosotros ayudaremos al sindicalismo revolucionario, y lo proclamamos, hoy por hoy, el único capacitado para dirigir un ataque nada sospechoso a las instituciones mediocres que se agruparán en torno a la política demoliberal de los burgueses”.

Ésta y otras auténticas declaraciones de amor, creía Ramiro Ledesma que provocarían un entendimiento entre la CNT y las JONS. Orgánicamente no se produjo, pero, al amparo de las tensiones internas que se desatan en el Congreso de la CNT entre el 10 y el 14 de junio de 1931, y, posteriormente, con el “treintismo” de Pestaña, algunos militantes confederales como Sinforiano Moldes, Guillén Salaya, Olaya, Llorente, en Madrid, y Gutiérrez Palma, en Valladolid, entraron en las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista.

Eran años en los que todos creían que la solución de los problemas pasaba por la aniquilación de quienes no compartían sus ideales. Por ello, la República se vio, pronto, que sólo era el felpudo para limpiarse de barro el calzado de los partidos y sindicatos.

Los socialistas, por boca de Largo Caballero, diría que “si no se nos permite conquistar el Poder con arreglo a la Constitución y con arreglo a las leyes, tendremos que conquistarlo de otra manera...”

El portavoz del faísta sindicato “Fabrill y Textil” de Barcelona recordaría: “En 1931, había a favor del proletariado, a favor de nuestra revolución proletaria, circunstancias favorables a un trastocamiento de la sociedad, como después ya no se han repetido... Era el momento propio para nuestra revolución. El anarquismo tenía el derecho a realizarla, a imponer un régimen propio de convivencia libertaria”.

El Congreso socialista de 1932, un año antes de la fundación de la Falange Española, acordaba la creación de sus milicias “para defender a la República. Las milicias socialistas -decían- necesitan tener una disciplina rígida, terminante. No puede haber democracia completa en la hora actual. Las milicias socialistas, más que el organismo para hacer la revolución, sin que esto lo desdeñemos, ha de consistir en el pueblo armado para sostener el régimen socialista”.

Por su parte Fidel Miró, antiguo Secretario de las Juventudes Libertarias, recordaría aquella época así: “Existían los llamados Grupos de Defensa Confederal, que estaban organizados por barriadas; (...) tenían funciones específicas de defensa que eran decididas por los órganos máximos de la CNT. Muchos grupos de la FAI estaban también armados aunque no todos...”

Ernesto Giménez Caballero, jonsista de Ledesma Ramos y abanderado de la vanguardia literaria de su tiempo, diría: “Los pistoleros anarquistas no son criminales vulgares. Quienes sientan respeto por lo verdaderamente hispánico, veneran a esos pistoleros”.

Y el republicano demócrata Don Manuel Azaña, escribiría en sus *Memorias* que cuando la sublevación anarquista de las comarcas mineras catalanas del Alto Llobregat y del Cardener, decidió “proceder con toda rapidez y con la mayor violencia a reprimir la rebelión. Como Fernando de los Ríos -proseguía la figura más destacada de la II República- me oyó decir que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano, quiso disentir, pero yo no le dejé y, con mucha brusquedad, le repliqué que no estaba dispuesto a que se me comiesen la República”.

Luego vendría la tragedia de Casas Viejas, en la que los campesinos fueron asesinados por la fuerza pública sin piedad, y los sucesos de Castellblanco, cuando los socialistas descuartizaron a los guardias civiles...

En este ambiente, y tras la fundación falangista y el asesinato sucesivo de militantes suyos en la calle, sin respuesta similar que Fernández Flores calificó de *franciscanismo*, surgirían también las escuadras negras o las falanges de la sangre que, en Madrid, promovería el falangista monárquico y caballero laureado por su actuación en la guerra de África, Ansaldo, abusando de la confianza y contra los criterios de su Jefe Nacional, que le expulsó. A la Falange se le acusó y se le sigue acusando “por la dialéctica de los puños y de las pistolas”. Pero era eso lo que se les impuso desde todos los ángulos. Era esa la respuesta coherente, aunque tan injustificable como la de los demás, en una República de las que todos querían, tan sólo, que fuera un trampolín.

Milicias contra milicias; pistolas contra pistolas. Era una época en la que muchos creían que la salvación de España estaba dependiendo de matar.

La CNT, impulsada por los anarquistas de la FAI, no perdió oportunidad para intentar, una y otra vez, su revolución. En 1932, el movimiento anarquista de Figols, en Cataluña; en 1933, entre el 8 y el 11 de enero, estalla la huelga insurreccional cenetista que culmina con los sucesos espeluznantes de Casas Viejas; y del 8 al 14 de diciembre, otro movimiento revolucionario que deja un tremendo balance de muertos y encarcelados, hasta que el 6 de octubre las sirenas de los pozos mineros convocan a socialistas, comunistas y anarquistas a la revolución de Asturias.

En abril de 1933, Ángel Pestaña, rompiendo con una tradición apoliticista, crea el Partido Sindicalista y sufre la más violenta de las arremetidas de los confederales anarquistas que no podían tolerar que aquel hombre, el símbolo más prestigioso de su movimiento, tras de Anselmo de Lorenzo y Salvador Seguí, decidiera continuar su lucha por la vía de la legalidad democrática.

El nacimiento de la Falange se produjo al tiempo de la aplastante victoria electoral democrática de las derechas, que puso punto final al bienio de gobierno republicano-socialista encabezado por Azaña, y de la reacción violenta de las izquierdas y hasta del propio Azaña, que creyeron que se les acababa *su República*. Para tratar de afrontar, en las mejores condiciones posibles, el reto subversivo de la izquierda que les amenazaba, considerándolos representantes del fascismo europeo, se unificaron los falangistas con las JONS. Y Nicasio Álvarez de Sotomayor, Camilo Olcina, Gutiérrez Palma y otros cenetistas organizaron sindicatos, movilizaciones de parados y acciones violentas, que hicieron, al menos en Madrid y Valladolid, que varios miles de trabajadores entrasen en ellos. Posteriormente, llegarían otros como García Vara, líder del sindicatos de Artes Blancas de la UGT; Juan Orellana, destacado dirigente del sindicato de hostelería comunista en Sevilla y el primero de la listas del PCE en las Elecciones Generales por la capital andaluza, o Manuel Mateo, Secretario de agitación y propaganda del Partido Comunista en Madrid y miembro del Comité Central, o Matorras, que había sido Secretario de las Juventudes Comunistas.

Falange Española e las JONS se proclamaba partidaria del “nacional-sindicalismo”. Los primeros en bautizarse así fueron los jonsistas de Ramiro Ledesma y cuando se produce la unificación de ambas agrupaciones lo asume también José Antonio Primo de Rivera.

Sin embargo, no significaría lo mismo para unos y otros. En efecto, Ramiro concebía el “Estado Sindical” con unos sindicatos, integrados en él, y encargados de controlar la economía al servicio del Estado nacional como representante del interés general de todo el pueblo. José Antonio Primo de Rivera, poco a poco, fue madurando sus ideas, con el aire de sus lecturas y de sus apasionadas meditaciones en la línea de aquel sindicalismo de los cenetistas y del que Ramiro Ledesma se había ido apartado a poco de empezar, ante el progresivo control de la CNT por la FAI.

Cuando, en octubre de 1934, la Generalitat catalana se subleva contra el Gobierno democrático de la República, encabezado por el republicano más histórico, Alejandro Lerroux, apoyado por la CEDA de José María Gil Robles, José Antonio Primo de Rivera fue elegido Jefe Nacional falangista. A partir de ese momento, se producirían acontecimientos que vendrían a establecer fronteras con Ramiro, que lloverían a la ruptura con él. Y, sin duda alguna, no sólo por diferencias acusadas de caracteres sino, también y sobre todo, porque sus ideologías, la forma de pensar de uno y de otro, era distinta.

Ramiro Ledesma quiso hacer un fascismo español desde la primera hora y nunca abandonó su propósito. José Antonio Primo de Rivera arrancó como un fascista titubeante hasta que, en 1935, se define, de manera clara y definitiva, por el Sindicalismo revolucionario.

Ramiro Ledesma abandona su preocupación obrerista por la CNT mientras que José Antonio se apasiona por su descubrimiento y lee, busca, medita en aquellos años decisivos de 1935 hasta llegar al famoso Discurso de la Revolución, en noviembre de 1935, en el Cine Madrid, ante miles de sus partidarios.

Aquella fue una evolución vertiginosa, arrolladora, sugestiva que asombró a los militantes de la camisa azul, que aún sentían la nostalgia del “Viva el fascio” de los primeros meses pero que empezaban a gustar de un mensaje que, como había deseado Ramiro Ledesma, impulsara la rivalidad revolucionaria de las masas.

José Antonio hablaba de la tierra para los que la trabajan y para los sindicatos, mientras que Pestaña y la CNT querían que fuera para las comunidades municipales. José Antonio proclamaba que, a los quince días de llegar al poder, nacionalizaría la Banca. José Antonio quería modificar sustancialmente las condiciones de trabajo, eliminando al régimen de salariado, mientras que los anarco-sindicalistas hablaban de colectivizaciones que ahora serían la autogestión.

Fue en este tiempo cuando en Málaga, en Sevilla, en Barcelona, se intentó el diálogo, la relación directa entre la Falange y la CNT. Diego Abad de Santillán, una de las figuras más prestigiosas de la FAI y de la Confederación escribía en sus *Memorias*:

“Ya entrado el año 1935 nos llegaron diversas incitaciones a un encuentro con José Antonio Primo de Rivera para dialogar en tomo a un posible entendimiento o acercamiento. El fundador de la Falange Española se había dirigido a Ángel Pestaña, pero este no se hallaba en condiciones de hacer llegar a la CNT sugerencias en este sentido. Sospecho que pudo ser Pestaña el que señalara a José Antonio mi nombre. Sus adeptos de Barcelona me hacían llegar cartas,

declaraciones, material impreso para que me formase una idea del movimiento iniciado. Algunos de nuestros compañeros de Madrid, como Nicasio Alvarez de Sotomayor, habían juzgado que ese entendimiento era posible; también algunos militantes de Andalucía”.

Pero ya se había tenido una deplorable experiencia con motivo de una reunión de falangistas en Barcelona, a la que asistió Zalabardo, con la anuencia de compañeros bien conocidos, para ver de que se trataba. La reunión fue descubierta por la policía catalana y entre los detenidos figuraba Zalabardo, lo que dio motivo a las iras de los que vieron en él a un traidor. Tenía ese compañero un quiosco de periódicos y revistas en la Plaza de la Universidad y fue incendiado en represalia por la asistencia a la reunión de la Falange y al él mismo se le buscaba para aplicarle el castigo por la supuesta traición. Y no se podía echar mano al recurso de una declaración pública de los que aconsejaron que fuese a la reunión a que se le había invitado para tener así una información más directa.

“Naturalmente -prosigue Diego Abad en su libro-, en el caso del encuentro al que se me exhortaba, por medio de cartas, manifiestos y declaraciones, no lo habría hecho sin el previo asentimiento de los comités superiores de nuestras organizaciones. Pero optó por rechazar ese diálogo, que por muchas razones habría ido tal vez muy lejos, y porque era ya tarde para influir de algún modo, por ese medio, en los acontecimientos que veíamos aproximarse. Pero la verdad es que hasta allí no había habido de parte de los gestores de ese movimiento ninguna expresión de hostilidad contra nosotros, ni de nuestras filas había surgido ninuna manifestación que impidiese un diálogo...”

En todos los sitios en los que le fue posible, la Falange trató de llegar a pactos o acuerdos con la CNT en aquel decisivo 1935, al amparo de la crisis confederal. Patricio González de Canales me aseguraba que: “Concluyó un pacto táctico de no agresión con la CNT en Sevilla. Y se entabó una lucha en un doble frente. De una parte, individualizada, contra los puntos clave de la FAI y de la otra contra la ‘troika’ central de Radio Sur del Partido Comunista (Barreta, Mije y Delgado). Me contó, también, la intervención falangista en la lucha armada entre la FAI y el Partido Comunista por el control de la CNT malagueña, lo que ocasionó la muerte del jefe de milicias falangista. González de Canales aseguraba que habían conseguido “una escisión de la CNT que se estaba encuadrando en la Falange en julio de 1936”.

Sin embargo, parece cierto que aquellos esfuerzos, como se deducía de las declaraciones de Diego Abad de Santillán, no dieron resultado positivo alguno, al menos a nivel de organizaciones. La última esperanza de José Antonio Primo de Rivera era Ángel Pestaña.

A través de Camilo Olcina supe de las conversaciones entre Pestaña y Primo de Rivera. La primera fue ocasional y se produjo por la coincidencia imprevista de ambos en el tren de Madrid a Barcelona, puede que con ocasión del viaje del jefe falangista para pronunciar una conferencia sobre Sindicalismo en el local del partido en Barcelona, el 3 de mayo de 1935. Un correligionario de Pestaña, que aún vivía en Sevilla en 1962, y que estuvo presente, me lo confirmó. Al parecer, fue Julio Ruiz de Alda quién se dio cuenta de la oportunidad y les propuso a ambos, al menos, la presentación.

Sin embargo, esa podría no haber sido la primera sino la segunda vez que ambos sindicalistas dialogaron. En efecto, otro amigo íntimo de Pestaña, que murió en Vallada (Valencia), me dijo que, en febrero de 1934, y antes de la publicación del manifiesto del Partido Sindicalista, ya se habían entrevistado en un restaurante de las Ramblas barcelonesas, en presencia de Luys G. Santamarina.

Pero, la más importante fue, sin duda, la tercera. La gestionó Roberto Bassas, jefe provincial falangista de la capital catalana, y se reunieron a comer en el Tibidabo, en septiembre u octubre de 1935. Estaban: José Antonio, Camilo Olcina (antiguo militante destacado de la CNT barcelonesa) y Luis Aguilar Salgado, por la Falange, con Ángel Pestaña y dos compañeros suyos, antiguos conocidos de Olcina. A los postres, se quedaron solos Pestaña y Primo de Rivera y charlaron largo rato.

Camilo Olcina me dijo que no pudo sacarle a José Antonio más de unas pocas palabras de cuanto habían hablado. Pestaña pensaba que un acuerdo personal con él serviría de poco y que sólo tendría sentido si podían arrastrar a una masa de sindicalistas catalanes y del resto de España, pertenecientes a los sindicatos de oposición, escindidos de la CNT, lo que requeriría de la disponibilidad de medios económicos suficientes para garantizar un relanzamiento de esas organizaciones. Por otra parte, en el plano ideológico sindicalista encontraron una coincidencia fundamental satisfactoria para ambos.

César Moreno Navarro, dirigente de la Central Obrera Nacional-Sindicalista en Madrid, me contó que, enviado por Primo de Rivera, llevó a Barcelona una carta para Pestaña. Le visitó en su puesto-taller de relojero en las Ramblas y se la entregó sin más. Ni Pestaña le dio respuesta verbal alguna, ni supo nunca el contenido de aquel mensaje. No

obstante, Moreno Navarro, haciendo gala de su campechanía se atrevió a sugerirle a Pestaña si había alguna posibilidad de su incorporación a la Falange. El veterano militante obrero le contestó, hablando con respeto, que no lo creía posible.

Desde aquel momento, Pestaña ya no tenía más opción válida que la de la integración de su Partido Sindicalista en el Frente Popular. Así, a finales de 1935, llegó a Madrid “para entrar en conversaciones -dijo a la Prensa- con la ejecutiva del Partido Socialista, con vías a la futura contienda electoral”. Preguntado si pondrían “alguna condición para entrar en la coalición electoral de izquierda”, Ángel Pestaña dijo: “No; ninguna. Creemos que la lucha que se avecina ha de ser dura, y entendemos sinceramente, que la unión de las fuerzas obreras y burguesas de izquierda debe ser tan amplia como resulte posible. Lo primero y más interesante es dar la batalla en las urnas a la reacción”.

La integración en el Frente Popular provocó una reacción violenta de la FAI contra quien había sido Secretario del Comité Nacional de la CNT.

Yo estuve presente en un mitin en el que Pestaña intentó hablar, sin conseguirlo, atacado con la máxima dureza verbal y física de los faístas.

Aunque Ángel Pestaña había roto aquellas incipientes relaciones con la Falange, un periodista de la Agencia Febus se atrevió a preguntarle: ¿Qué opina usted de los sindicatos fascistas? Pestaña, posiblemente para restablecer su imagen ante los rumores de su relación con Primo de Rivera, contestó: “Que son los guardias de corps de la burguesía o no son nada”. Y refiriéndose a José Antonio añadiría: “Yo he leído con atención las intervenciones en la Cámara de Diputados de Primo de Rivera. Me parece bien intencionado, pero tiene una gran confusión mental. Pugna en él la lucha por una orientación social de la justicia en contra de un atavismo de raza aristocrática y de privilegio”.

Mientras tanto: ¿Qué harán los sindicalistas de la CNT? se preguntaba el semanario *Arriba*. ¿Se inhibirán como han hecho hasta ahora? ¿Participarán? Eran las vísperas de las elecciones del 16 de febrero de 1936. La Falange se había negado a participar como comparsa en el Frente Nacional, promovido por la derecha y se aprestaba a reñir la batalla electoral por su cuenta, en solitario. Pero la CNT, atraída por la promesa de conceder la amnistía a los miles de militantes cenetistas encarcelados, se decantó hacia el apoyo al Frente Popular.

Angustiosamente, el semanario *Arriba* publicaría reiterados mensajes a la militancia de la CNT: “Obrero de la CNT, la Falange te llama y no con voces de sirena. Te dice la verdad. Abandona las filas de esos sindicatos que perdieron su apoliticismo al ir en unión con los que te han perseguido. Abandona esas filas y ven a las nuestras”.

Ya no había tempo para nada. Ya no había tiempo para aclarar posiciones y coincidencias. La Falange se vio arrastrada por la España que representaban los militares encabezados por Mola y Sanjurjo.

La CNT-FAI y el Partido Sindicalista optaron por el Frente Popular. Y ganaron con él. A los pocos días, los presos estaban en la calle y la revolucionaria reforma agraria la hicieron los campesinos sin aguardar el menor refrendo legal.

La Falange fue delcarada fuera de la ley y sus dirigentes encarcelados en la Cárcel Modelo de Madrid. José Antonio Primo de Rivera y su hermano Miguel fueron enviados luego a la penitenciaría de Alicante, donde serían condenados. En el Tribunal que juzgó al jefe falangista había hombres de la Confederación Nacional del Trabajo. De aquellos momentos, Diego Abad de Santillán escribió: “Un Salvador Seguí, un Juan Peiró, después de aclarar el concepto del sindicalismo vertical, pues el sindicalismo no se concibe sin horizontalidad y verticalidad”, habría podido decir, como José Antonio Primo de Rivera, en el juicio oral de Alicante, el 17 de noviembre de 1936, que por el sindicalismo “si tiende a sustituir la ordenación económica cpaitalista, que asigna la plusvalía a los empresarios titulares de los signos de crédito, por una organización sindicalista que entregue la plusvalía a la agrupación de los productores constituidos en sindicatos verticales”.

Estas palabras, que comentaba tan favorablemente el que sería consejero de Economía de Gobierno catalán durante la guerra civil y titular de milicias cenetistas, no eran más que la punta del iceberg del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, madurado en 1935, descargándose de los primeros bagajes fascistas.

El resumen de su pensamiento socio-económico podría ser este: Que hay que terminar con el proletario que enajena su trabajo como una mercancía, que la propiedad no es el capital, que el capital es un simple instrumento económico, y que hay que alterar el orden económico para reorganizarlo en sindicatos.

Más o menos era lo que los sindicalistas de la CNT patrocinaban y lo que intentaron relalizar a través de un proceso autogestionario en los primeros tiempos de la Guerra Civil, y el intento posterior de perfeccionarlo en función de la experiencia adquirida.

Los falangistas se vieron envueltos en la sublevación de los militares en la llamada zona nacional y, tras de la

muerte de Sanjurjo y la posterior de Mola, quedaron a merced del caudillaje de Francisco Franco. Los cenetistas conquistaron Barcelona y organizaron las columnas que, hacía Zaragoza, fueron dejando en marcha las colectivizaciones del Consejo de Aragón.

Falangistas y cenetistas se organizaron militarmente en centurias y alzaban banderas rojas y negras. Su participación fue decisiva en ambos bandos y contaron, en su frente de lucha, con un amplio apoyo popular. A Durruti le mataron misteriosamente en la Ciudad Universitaria de Madrid. A José Antonio Primo de Rivera le fusilaron en Alicante el mismo día, tras el fracaso de varios confusos proyectos para sacarle de allí.

Antes de morir pidió cofesarse con un sacerdote católico y, en las primeras horas del 20 de noviembre de 1936, fue llevado al patio 5 de la prisión. Diego Molina tenía 36 años cuando formó parte del pelotón de fusilamiento, junto con otros cinco milicianos comunistas del 5º Regimiento y otros seis integrantes de una centuria de la CNT-FAI. Era analfabeto y había nacido en Cuevas de Vera, provincia de Almería. El 29 de septiembre de 1943, hizo en Rabat la siguiente declaración que fue tomada por escrito:

“En las primeras horas de la mañana del día en que se aplicó la pena de muerte, fuimos avisados de que iba a procederse a la ejecución del reo... A la hora indicada, sobre las seis de la mañana, se invitó a Primo de Rivera a salir de su celda y a acompañarnos... Estaba sereno y no dijo nada en los primeros momentos”.

Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista* y amigo íntimo de Indalecio Prieto, escribió: “Cuando le llega su hora, su templanza es perfecta. Conversa con los hombres del piquete que ha recibido el encargo de ejecutar la sentencia”.

“¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera? ¿Quién ha podido decir que yo soy vuestro adversario? Quien os lo haya dicho no tiene razón para afirmarlo. Mi sueño es el de la Patria, el pan y la Justicia para todos los españoles, pero preferentemente para los que no pueden congraciarse con la Patria porque carecen de pan y de Justicia. Cuando se va a morir no se miente y yo os digo, antes de que me rompáis el pecho con las balas de vuestros fusiles, que no he sido nunca vuestro enemigo. ¿Por qué váis a querer que yo muera?”.

Hasta Francisco Largo Caballero, jefe del Gobierno, escribiría más tarde: “El fusilamiento de Primo de Rivera fue motivo de profundo disgusto para mí y creo que para todos los miembros del gabinete”.

En la zona nacional, se había organizado una Junta de Mando falangista encabezada por Manuel Hedilla. La Falange, conjuntamente con los tradicionalistas, se preparó para requerir de Franco la entrega del Poder político, reservándose los militares la dirección militar de la guerra. Yo he visto el libro de actas de la Junta de Mando en el que se acuerda plantear esa exigencia a Franco. La reacción de Franco fue fulminante y, en el mes de abril de 1937, el Caudillo decidía la unificación de todas las fuerzas políticas en la Falange Española Tradicionalista de las JONS, liderada por él. Muchos falangistas fueron encarcelados y pasaron largos años de prisión y hasta condenados a muerte.

Serrano Suñer, cuñado de Franco, planteó a otros dirigentes falangistas, apoyándose en su amistad con José Antonio, la necesidad de aceptar los planteamientos de Franco y tratar de conseguir los mejores resultados políticos para la Falange, con vistas a su Revolución, tras de la victoria de la Guerra Civil, y aceptaron.

Los controles de fronteras y de las comunicaciones, junto con las colectivizaciones de empresas catalanas eran, con los territorios autogestionados del Consejo de Aragón, los baluartes de la revolución cenetista. Los comunistas y el Gobierno central, así como el de Cataluña, no podían tolerar aquel contrapoder popular. Por ello, se desencadenó en Barcelona y en la frontera con Francia, una operación de desarticulación del dispositivo anarco-sindicalista. En Barcelona hubo una fuerte lucha por el control del edificio de la Telefónica en la Plaza de Cataluña y los cenetistas fueron desalojados.

El 3 de mayo de 1937, la lucha se extendió por toda Barcelona, Juan Gómez Casas, primer Secretario del Comité nacional de la CNT tras la muerte de Franco, escribió: “Nuevamente, la lucha fue asumida por los Comités Confederales de Defensa de los Barrios, que se adueñaron de los barrios extremos...”. Y Maximiano García Venero añadiría: “Las armas, hasta entonces ocultas o reservadas, aparecieron en las calles... Salieron las Juventudes Libertarias, funcionaron las llamadas de urgencia en los comités de barriada, en los sindicatos, en los ateneos libertarios. Pocas horas después surgían las barricadas... por el triunfo de la Confederación.

El reducto céntrico de los confederales lo constituían el Paralelo y las calles de los distritos 1 y 5. En las barriadas, su dominio era absoluto. Sans y otras zonas suburbanas eran auténticos cantones de la Confederación. En muy poco tiempo, los libertarios desarmaron a la Guardia Republicana (la antigua Guardia Civil) que se hallaba acuartelada en el recinto de la Exposición Interacional, y se hicieron dueños de otro cuartel en el Paralelo..

Como réplica a la acción libertaria, aparecieron barricadas levantadas por los comunistas, con la ayuda de los nacionalistas catalanes y de la fuerza de Orden Público”.

Los anarcosindicalistas ofrecieron el cese de hostilidades si eran destituidos los responsables de la ofensiva represiva contra ellos.

Hugh Thomas contaría que: “Unidades de la 26 División anarquista (anteriormente llamada columna Durruti), a las órdenes de Gregorio Jover, se congregaron en Barbastro para emprender la marcha hacia Barcelona”, aunque luego fueron convencidos por García Oliver de que, al dejar desguarnecidos los frentes, dejarían abierto el paso a los franquistas. “Pero -según Thomas- la 28 División (la que fuera columna Ascaso), estacionada en las inmediaciones... no desistieron de la proyectada marcha sobre Barcelona hasta que el jefe de la aviación republicana, en el frente de Aragón, el comandante Alfonso Reyes, amenazó con bombardear la columna si la marcha se efectuaba...”

Mientras tanto, los ministros anarquistas del Gobierno central de Largo Caballero: Federcia Montseny y Juan García Oliver, se desgañaban por la radio pidiendo a todos los combatientes que suspendieran los tiroteos y volvieran a su trabajo.

La respuesta de las juventudes anarquistas fue bien clara y coherente: “Antes que renunciar a la revolución, moriremos e las barricadas...” Aquella noche, entre los profundos silencios de los tiroteos, se oían las viejas canciones de lucha: “A las barricadas, a las barricadas por el triunfo de la Confederación...”

Al final, la derrota. Los revolucionarios anarcosindicalistas fueron aplastados, sometidos a la disciplina militar impuesta por la URSS y sus comunistas de España. Como en la zona nacional, la consigna prioritaria era la de que había que ganar la guerra, dejando para después la revolución.

El aplastamiento de la última rebeldía falangista en Salamanca, en abril de 1937, y la paralela derrota de los anarcosindicalistas en Barcelona, en el siguiente mes, fueron el final de las utopías en uno y otro bando de la Guerra Civil. Desde entonces, se establecieron, en uno y otro, regímenes autoritarios, militaristas que se disputaron con las aras la victoria y la derrota de la contienda civil.

La victoria de Franco, como había temido José Antonio Primo de Rivera desde Alicante, sólo sirvió para que los falangistas adornaran el Régimen con la coreografía de sus camisas azules. Nunca hubo mayoría de falangistas en los gobiernos sucesivos del Caudillo y nunca se hizo la Revolución prometida por José Antonio Primo de Rivera al pueblo español.

Ahora, cuando ha cambiado profundamente el panorama socio-económico español, aún colea problemas en los que anarcosindicalistas y falangistas pudieron coincidir en los años 30. Sin embargo, sus dimensiones y exigencias ya no son las mismas.

Dicen que las ideologías han muerto. Es como decir que han muerto los pueblos y los hombres como entes de razón. Pienso luego existo, se dijo. Pues bien, los hombres y los pueblos por ellos, existen porque piensan, porque tienen razones para vivir, para existir. Y no podemos ir por la vida como pavesas al viento sino para seguir desarrollando el proyecto de vida forjado, lentamente en centenares de años, de siglos.

Cuando se derrumbaba el imperio ideológico de los comunistas, en el que muchos creyeron, vi una pintada en el Metro que decía: “Rusos, traidores ¡Viva el comunismo!”. No sé de quien era ese grito pero estoy seguro que fue un hombre joven, como vosotros, que se negaba a soportar el fracaso de su ideal.

¿A dónde irá el mundo sin ideales?. Sin embargo, la sociedad humana sigue caminando, formas nuevas de problemas antiguos afloran mientras que sólo apuntan esperanzas como un deseo aún sin formular.

Hay que afrontar la realidad mientras se viva, si se quiere, realmente, vivir. Quedarse al margen es como morir sin causa ni razón. Y de seres humanos es vivir, la búsqueda, de la razón y el más allá, que también es hoy.

En esta España nuestra estamos y desde aquí habrá que pensar, sin creer, ni por asomo, que lo haremos solos. Y habrá que plantear como se podrían coger las riendas desbandadas del futuro. De nuestro futuro y el de los demás, quizá soñando, antes de ahora, por otros que murieron sin saber que su huella no se borró. ¿Cuál es nuestra situación?.

1.- Lo que para muchos estuvo hace años elementalmente claro era lo que representaba España. Ahora, sin embargo, no es así. ¿Cómo identificar, hoy, lo que es España?. La gente va teniendo conciencia de lo que es su pueblo o su comunidad regional. Pero... ¿qué es España en el Estado de las autonomías? ¿Cuál es su posible razón de la unidad de sus tierras y de sus hombres que no sea la frágil capacidad coactiva del Estado o las exigencias económicas de un mercado?.

Y, más aún, ¿qué es España en la Europa comunitaria? ¿Qué representa? ¿Cuál es el futuro de la unidad de España en el desarrollo de la Comunidad Europea? ¿Son los nacionalismos regionalistas los detentadores del futuro o son un anacronismo sin sentido en el mundo de hoy?

Muchos de nosotros habríamos contestado, hace pocos años, que España era una comunidad histórica. Otros, que una concepción peculiar de la vida. Quizá que un compromiso colectivo de convivencia, basado en el pasado compartido y en un acervo de intereses entrelazados. También hubo otras definiciones ideológicamente más ambiciosas.

Hoy; casi nadie se atrevería a decirlo. Ahora no se habla de España ni como una Patria ni como una nación. A lo más como un país, una geografía, o como un Estado, un aparato de gobierno.

Pero la geografía está sufriendo la arremetida de los separatismos nacionalistas y el Estado padece la presión centrífuga de los poderes regionalistas españoles, por una parte, y de la Europa comunitaria, por la otra, con sus leyes e instituciones que, progresivamente, limitan la soberanía constitucional española.

El Estado se resiste creando burocracias e inventando competencias que llenen los vacíos que dejan las transferencias a las Comunidades Autónomas y las absorciones de poder de la Europa de los Doce. ¿Hasta cuándo podrá resistir el Estado español, último baluarte de España y de la unidad histórica, si no está respaldado por el ánimo popular?.

2.- Durante mucho tiempo, millones de personas denunciaron un hecho: que el capitalismo no era lo mejor sino un sistema explotador de los seres humanos en el que sólo los fuertes, los poderosos, encontraban beneficio. Ahora, parece que se da marcha atrás y lo que antes fuera malo aparece como la única solución. ¿Cuánto había de verdad en el acierto y cuanto de error, al enjuiciar el sistema económico desarrollado en los dos últimos siglos?.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, entre los triunfadores y en nombre de la democracia y de la libertad, se plantea la posibilidad de resolver el problema de la Justicia Social. En la Alemania nueva se ensayó la cogestión cuando en la España de Franco, las Cortes estaban a punto de aprobar un proyecto de ley para la reforma de la Empresa. Hubo congresos internacionales y también en España. Las críticas se hacían no sólo en la defensa de los trabajadores, marginados de las decisiones empresariales, sino también de los accionistas, tradicionalmente encasillados mayoritariamente en una situación similar. La empresa era, teóricamente de los accionistas, pero eran pocos o ninguno los que tenían capacidad para intervenir, eficazmente, en ella. Los trabajadores constituían la comunidad fundamental que hacía posible la existencia empresarial pero poco podían intervenir en ella. Había, y sigue habiendo, demasiadas contradicciones que impedían e impiden el normal desarrollo de la actividad laboral y ocasionan despilfarros económicos de singular cuantía. ¿A quién se le ocurre hablar de una ley reguladora de las relaciones y derechos socioeconómicos en una Sociedad civilizada y democrática? ¿Es que nadie es capaz de concebir la empresa distinta del futuro-presente?

Pero también habrá que pensar que la economía nacional o europea, siendo de interés general, no puede, tampoco, estar sometida a las maniobras ambiciosas de los poderosos, a las torpezas o aciertos de los gobiernos, y hasta a las manipulaciones sindicales de los problemas de los trabajadores. ¿Qué sería lo que, utilizando una denominación en boga en la Alemania de la cogestión, fuera, en verdad, una Economía Social de Mercado?.

3.- ¿Es que los partidos políticos son capaces de representar todos los intereses y aspiraciones de las asociaciones e instituciones de la sociedad española?. La democracia orgánica, con grandes parecidos con las ideas de muchos anarquistas, pretendió, en tiempos de Franco, un perfeccionamiento del sistema democrático y no lo logró, sobre todo, porque no hubo libertad.

La realidad social y política es mucho más rica y plural que los partidos, que no representan, en el mejor de los casos, más que intereses generales cuando también cuenta la particularidad.

Por eso la democracia necesita de una reforma del actual sistema institucional basado en los partidos políticos, crecientemente marginados de la realidad social.

4.- Los sindicatos han sido el instrumento ideológico de la lucha de clases. La huelga general fue concebida como el arma decisiva de la subversión revolucionaria. Hoy, cuando la mayoría de los trabajadores españoles están básicamente satisfechos con su situación de beneficiarios marginales del sistema económico, nadie habla de revolución y pocos están dispuestos a jugarse la vida por conseguir una mejora. La función principal de los sindicatos es, según la legislación española, la representación institucional de los trabajadores, de todos los trabajadores, sobre todo en la negociación de las condiciones de trabajo, aunque sólo cuenten con un porcentaje mínimo de afiliación y cifras decrecientes de votación.

Como en otros países, los sindicatos españoles, en su incapacidad, comprenden que esa función burocratizada, por muchas huelgas forzadas y muchos aspavientos, es el cuento de nunca acabar, que no saca a los trabajadores de pobres. Por ello, están haciendo lo posible para ser organizaciones de servicios que sean un aliciente más próximo a otras necesidades actuales de hombres y mujeres. Así, las cooperativas de viviendas, los seguros, el turismo y hasta se llega a considerar la posibilidad de un banco propio. ¿Para qué?

Los sindicatos son uno de los pilares constitucionales del sistema democrático. ¿Cuál será el futuro de los sindicatos en una España necesitada de cambios? ¿Tienen futuro, protagonismo social y no sólo legal, sin una concepción diferente de las relaciones laborales?

5.- Alguien definió al Ejército como el pueblo en armas. Durante mucho tiempo, con pocas guerras que librar, las Fuerzas Armadas han sido, tan sólo, una Policía a merced del Estado o de quienes lo quisieran ganar. Actualmente, se trata de encontrar una razón para el Ejército español o europeo y la estructura más adecuada para el eficaz cumplimiento de la misión que se le asigne. ¿Ejército de mayorías obligatoriamente movilizadas o Ejército profesional de voluntarios? ¿Ejército nacional o europeo?

6.- La generalización del derecho a la educación ha representado, en cierta medida, el establecimiento de un igualitarismo justo pero que ha obligado a rebajar los niveles de exigencia y de calidad en la preparación de los alumnos. Esta situación se ha planteado en todos los niveles de la enseñanza, incluido el universitario. El problema se agrava por la jubilación obligatoria, a los 65 años, del profesorado, tan sólo paliada por la institución del *emeritazgo*, que permite a un corto número de maestros continuar su labor docente más allá de la citada edad, cuando la madurez personal suele llegar a las etapas más creadoras, intelectualmente.

Pero, en todas las épocas y en todos los países han sido unas minorías quienes han sostenido la vanguardia nacional, la fidelidad al pasado y el espíritu de servicio al futuro. Los colegios de elite británicos formaron a quienes dirigieron al Imperio y a quienes afrontan ahora la integración en la Comunidad Europea, con independencia de los partidos en los que militen. En Francia, la Escuela de Administración Pública ha sido un vivero de servidores de la Nación francesa. En otras épocas, la aristocracia y el Ejército fueron, en España, con la Iglesia, el semillero de élites dirigentes, sin olvidar a la minoritaria Universidad. España, ahora, para poder mantener su figura en Europa y en el Mundo, necesita, también, de élites preparadas para asumir, con espíritu de servicio y sacrificio, las responsabilidades de gobierno y administración, con un ideal comunitario capaz de obligar, por encima de las diferencias partidistas. ¿Dónde pueden prepararse esas minorías de personas inteligentes, generosas, leales a unas convicciones? ¿Es la Universidad el marco exigente para su formación?

7.- España se ha integrado en la Comunidad Europea, que avanza hacia la constitución de un nuevo Estado supranacional. Ya tiene una presidencia colegiada (los jefes de Estado y de gobierno de cada uno de sus miembros), un gobierno (la Comisión de Bruselas), una capital, un Parlamento, unos Tribunales de Justicia, una moneda y se prevé la próxima unión monetaria. Es verdad que le queda mucho por desarrollar y que surgirán dificultades cuya superación puede exigir tiempo, pero la realidad es que el proceso unitario es de muy difícil reversión. Los países de la Comunidad han aceptado las "directivas" o leyes de la Comisión de Bruselas (según los acuerdos de la presidencia colegiada), que están, al igual que las sentencias de los tribunales europeos, por encima de las constituciones y de las legislaciones nacionales.

¿Qué será la Comunidad Europea en el futuro? ¿Cuál será su papel en el contexto mundial? ¿Surgirá un nuevo nacionalismo continental? Para España se plantea el problema de sus relaciones con los países iberoamericanos. Francia y el Reino Unido han resuelto el problema de sus antiguas colonias mediante compromisos de la Comunidad Europea con ellas. ¿Podrá España lograr, con su intervención, una relación preferencial de los países iberoamericanos con Europa? ¿Podría esta relación preferencial sacarles de la órbita de intereses económicos norteamericanos? ¿Obligaría a todos los países de América, históricamente vinculados a Europa, a trabajar juntos para afrontar el reto de Japón y de China, así como del empuje industrial de otros países asiáticos?

8.- Entre el marxismo y el liberalismo, el Siglo XX ha sufrido las tensiones, también, de los fascismos y los leninismos. Los fascismos fueron aplastados en la Segunda Guerra Mundial y los leninismos se han derrumbado ante el fracaso económico de su gigantesca experiencia. Ahora, sigue habiendo marxistas que tratan de recomponer sus piezas y liberales que proclaman a los cuatro vientos la superviviente victoria de su contrucción capitalista de mercado. Pero, quienes criticaban al marxismo en otras épocas tenían una parte de razón como también quienes lo defendían.

Lo mismo respecto del liberalismo y de la economía capitalista de mercado. En todas las épocas y partiendo del hecho de que ningún individuo ni colectividad es capaz de atrapar toda la Verdad, los seres humanos han sido capaces de salvar del error la mayor parte posible de Verdad. ¿Qué es lo que habrá que salvar ahora y cuales han de ser las grandes ideas que sirvan para conformar un ideal de futuro, capaz de justificar la vida y los grandes esfuerzos de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo?

9.- Las revoluciones han dejado un rastro interminable de sufrimientos sin que, al final, los resultados obtenidos lleguen a justificar su realización. El objetivo de toda revolución no es otro que el de cambiar radicalmente una sociedad, aunque siempre se pierde entre la dictadura de los revolucionarios y la aniquilación sangrienta de los opositores. Las revoluciones del siglo XX han fracasado porque no han logrado el cambio radical que se propusieron. ¿Habría sido posible lograr los resultados positivos de cada revolución sin necesidad de dictadura y de violencia criminal? ¿Cómo tendría que ser la estrategia transformadora de quienes quieren alcanzar ese cambio real, por medios pacíficos, respetando los derechos consustanciales a la persona humana?

Yo, que ya tengo años para morirme, confío en que vosotros aprendáis la lección de la historia. Que mantengáis limpio un ideal de vida, el que sea. Que no caigáis en la tentación egoísta de utilizar vuestras capacidades sólo para ganar dinero. Que seáis capaces de levantar nuevas utopías y que las sirváis con pasión. Que defendáis la razón de la Verdad y no la razón de la fuerza. Que busquéis un mundo de paz, de coexistencia pacífica, de justicia, de libertad.

Alguien dijo que la vida no merece la pena vivida si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Esta es la sabiduría que nos llega de lo más hondo de la historia de la humanidad. Si así lo hacéis, no caeréis en el olvido. Si lo traicionáis, la vida se os irá sin sentirlo y no podréis recuperarla.

Los próximos decenios es van a ofrecer un reto sebrecedor, ilusionante. Ojalá, Dios lo quiera, sepáis afrontarlo sin perder la sonrisa, con la esperanza en la victoria.

[Texto íntegro de la conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, con motivo del 30 aniversario de la fundación del FES (Frente de Estudiantes Sindicalistas), por Ceferino Maestú Barrio, periodista, director de la revista *Sindicalismo* (en sus dos etapas) y ex-Presidente de la CTI (Confederación de Trabajadores Independientes)].

